

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando les digo á ustedes que sea moderna ó sea antigua la invención de la taberna, convendría y, mejor aún, urgiría que estos establecimientos, cantados por Baltasar del Alcázar, estuviesen tan cerrados en domingo como lo está la Biblioteca Nacional toda la semana por las tardes de todo el año...

Esto sucedió la noche del domingo 18 de septiembre, y no en los ranchos de los buscadores de oro, en el Klondyke, sino en una calle de Madrid.

Entró una partida de quince salvajes sueltos ó kunguses en una casa de beber; pidió vino, se ignora si de lo nuevo ó de lo viejo; pero á diferencia del poeta, que bebía, pagaba y se iba contento, estos bebedores, como el hermano del tabernero les indicase algo relacionado con la indispensable fórmula de pagar, se concertaron para zurrarle. Apedreáronle en efecto con vasos, botellas, frascos, taburetes. Huyó, maltrecho, por una puerta de escape. Acordaron entonces proseguir el juego con el medidor, un chiquillo. Les salió la pascua en viernes: el rapaz cogió un revólver y disparó con buena puntería. Hirió á dos, mortalmente. Entre tanto, los demás malhechores rompían cuanto encontraban. El público, que se aglomeró, quería, según leo en la prensa, linchar á los kunguses..., digo, á los organilleros (pues resulta que los de la bronca pertenecían á esa categoría de *artistas* mecánicos, que cuando no pueden hacer añicos los oídos pacientes, se dedican á hacer cachos las tabernas y los taberneros); pero el público rara vez pone por obra los buenos propósitos que concibe, y á nadie se ha linchado aquí todavía por bruto. Les dejaron, pues, irse tranquilamente, al juzgado los sanos, al hospital los heridos (salvo bastantes alborotadores que se dieron á la fuga), y ahora sólo faltará que al pobre chico medidor, que en legítima defensa manejó el revólver, me le soplen en presidio, cuando merece, por templado y justiciero, una recompensa cívica.

De esta trapatiesta echan la culpa al descanso dominical. Sí; tiene la culpa el descanso dominical... con tabernas francas, y tiene también la culpa la detestable impunidad en que se dejan estos delitos (me refiero á los que cometieron los asaltantes de la casa de beber, porque el muchacho que disparó no ha cometido delito alguno).

Aquí, en el campo, todo esto y mucho más queda sin castigo absolutamente. Hace pocas noches se retiraba de nuestra casa, á las once, por la carretera, un amigo nuestro, que no llevaba armas, que no soñaba que nadie le acometiese. Cerca de Betanzos cruzó por encima de su cabeza, silbó en sus oídos, una verdadera lluvia de proyectiles. Disparaban contra él. ¿Por qué? ¿Por venganza? ¿Por odio? Nada de eso. Pura y simplemente por *sport*... Es la diversión favorita de nuestros mozalbetes aldeanos: comprar un revólver y tirar... Si hacen blanco, cobardemente negarán que fueron ellos, y entregarán á las mozas el arma, para que entre su ropa la oculten. Si no hacen más que asustar al señorito, ¡qué risa! ¡Cosa más chusca! Y, que den ó que no den, ninguna responsabilidad se les sigue: así como á nadie linchan por bruto, á nadie he visto perseguir en justicia por disparar, en el camino real, el revólver, la pistola ó la escopeta.

El sábado pasado jugábamos al tresillo, de noche, á la luz de los focos de acetileno, en la terraza de las Torres de Meirás, al aire libre. Nos recogimos, porque oímos en la carretera que los marroquíes corrían la pólvora..., digo, la bala.

No se le debe echar la culpa de todo á leyes de descanso: la indolencia en la represión de infinidad de transgresiones de la ley también se ha de tomar

en cuenta. Mientras no eduquen, repriman, ¿á qué asustarse tanto de un cartucho de dinamita? Al que le clavan una bala por casualidad, por recreo, por donosa chanza, no sé yo qué podrían hacerle de peor todos los anarquistas del universo.

El maestro Domínguez, que vive de contar cuentos, ignora si con gracia ó sin ella, pues no le he oído nunca, anda estos días por la tierra gallega refiriendo sus historietas andaluzas, y recogiendo aplausos, amén de los honorarios que se le deben, en abono de su labor artística.

Dicen que el repertorio del maestro es un tanto color del prado por abril de flores lleno (salvo las flores) y que tampoco faltan sus correspondientes escatologías, como es de rigor en esta clase de recreos para hombres solos.

El ideal de la humanidad culta es que no estén solos los hombres jamás, porque, lo mismo que los niños, en estando solos, no hacen más que cosas diabólicas... ó simplezas.

Sea como quiera, la silueta del maestro Domínguez, bordando su cuentecillo, nos retrotrae á las edades en que iban de castillo en castillo y de alquería en alquería el juglar ó el trovero cantando y diciendo *fabliaux*, no mucho más severos ni más pulcros que las historias con sal y pimienta picante de este decidor.

Sólo que hoy, en cualquier parte, se encuentra un individuo de buena sombra que haga la competencia al maestro y haga desfilar la «floresta de los chistes» entreteniéndolo de balde, y en el tiempo de los castillos almenados y los puentes levadizos, escaseaba la sociabilidad y al juglar errante se le recibía como caído del cielo.

Domínguez no va de castillo en castillo, sino de Casino en Casino, de timba en timba, y así sostiene su especialidad, que va teniendo pocos entusiastas.

Por fortuna, la afición á lo verde y á lo... (¿qué color diré?, más vale que el lector se lo figure), decae, disminuye. Buen síntoma. Y esto no es querer que se muera de hambre el maestro cuentista, que se escudará con aquello de

«El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto.»

Viene á mis manos la biografía y estudio crítico de un excelente artista español que acaba de desaparecer, Daniel Vierge, y se evoca la figura del dibujante ilustre.

El ensayo es obra de otro español cultísimo, buen literato, exacto y verídico además, que conoció y quiso muy de veras á Urrabieta Vierge; de D. Leopoldo García Ramón, apasionado amigo del artista. Podemos aceptar este ensayo como documento y extraer de él una sucinta noticia sobre el gran dibujante.

Sabemos que era, á pesar del apellido Vierge que suena á francés, y por el cual se le suele designar, aun cuando es el materno, español por los cuatro costados, hijo del fecundo ilustrador Urrabieta, y que los modelos de su personalidad artística fueron dos genios tan españoles como Goya y Velázquez; que desde los diez y ocho años dibujó apasionadamente; que tuvo la mocedad de un exuberante y alegre bohemio, que producía y producía entre risas y explosiones de buen humor, sin agotar su vena, sin necesidad de modelo, por tanto y tanto como había estudiado el natural, y que de memoria apuntaba el esbozo más extraño, la actitud más difícil. Su facilidad era la misma de su padre, incansable trabajador en *Museos*, novelas, *Ilustraciones* y publicaciones de todo linaje; pero el hijo volaba más alto, poseía facultades superiores, y no es extraño que Edmundo de Goncourt, autoridad en estas materias, dijese un día del mozo dibujante español: «*Ce gaillard là est en train de changer la façon de dessiner.*»

Y sabemos también, y pudiéramos añadirlo, que, como tantos otros, Vierge veía en su aptitud preferente, su aptitud de ilustrador, tarea propicia para ganarse el pan, reservando sus ensueños de hermosura y perfección para cuando, rico ya, pudiese pintar á su sabor lo que quisiera.

La ironía de la suerte hace que mientras se prepara así lo venidero, creyendo que está delante la gloria, la gloria, retozona, burlesca, quede ya atrás, entre las esfumaduras del pasado.

La gloria, para Urrabieta Vierge, venía envuelta entre lo castizo de su lápiz, que hace de él el gran ilustrador de los narradores picarescos españoles y del *Quijote*, lo cual es decirlo todo tocante á casticismo y fondo nacional. Hecho curioso, nota con razón el biógrafo, si se tiene en cuenta que Vierge dejó á España á los diez y ocho años, que no volvió, y que sólo la retentiva le mostraba esos tipos de arrieros, gitanas, mozas de cántaro, paletos, gañanes, caberos, gente popular, del terruño castellano legítimo.

Vierge trabajó principalmente para el *Monde* y *The Graphic* y en ilustrar infinitas obras, algunas verdaderamente monumentales, y prodigó su lápiz con ese derrochar impaciente de los temperamentos opulentos, de las naturalezas poderosas. Su creación era incesante, y la llevaba con alegría, porque era de los artistas equilibrados, que los hay, y son á veces los mayores, diga lo que quiera el atropellador Lombroso. Gozaba de salud y de feliz humor; la neurosis no había hecho presa en él. Era también, nos dice su biógrafo, ni gastador ni desprevencido de lo muy necesario que resulta el pícaro dinero—virtud y sensatez, no defecto reprehensible en nadie, y tampoco en el artista, que puede, de la noche á la mañana, verse enfermo, sin recursos y desamparado.

Parece la biografía de Vierge la de un hombre completamente feliz; pero el desquite de la fatalidad llega más temprano ó más tarde; para él, bien temprano por cierto. Aterra leer que á los treinta años de edad, sin haber tenido vicios, sin haber cometido excesos, sin explicación por los antecedentes, se durmió sano y se despertó paralizado, hemipléjico. Por fortuna no se hizo cargo de que era incurable su mal, á pesar de habérselo sentenciado Charcot, en su misma cara, con brutal franqueza propia de una clínica, y vivió de esperanzas muchos años, repitiendo como si fuese un santo mortificado: «Paciencia.»

Afásico, habiendo olvidado, como se olvida en ese terrible padecimiento, las palabras, el lenguaje, en parte ó en todo, no había olvidado las líneas ni las formas, y para pedir algo, lo delineaba en un papel.

Dibujaba con la mano izquierda, paralizada la derecha. Poco á poco adquirió habilidad de zurdo, hasta que logró substituir la mano hábil con la inútil generalmente, con la que, por incomprensible anomalía de la educación, prohíben usar desde la escuela á los chicos—y así ganó, no sólo poder vivir, sino combatir la desesperación que en artista tan metido en su profesión había de generar el ocio forzado.

Como pintor, indicaba, según dicen, excepcionales condiciones, que su desgracia no le dió tiempo á revelar. Esperaba á ejecutar la ilustración del *Gil Blas*, espléndidamente pagada, para acometer la pintura, renunciando ya á la ilustración. La suerte quería que fuese dibujante, dibujante nada más. Y al cabo, ¿no pudiera ser un mediano pintor? Como dibujante fué una lumbrera. Basta.

Hay siempre en el destino algo que nos hace dudar de nosotros mismos, y no atribuir lo bueno ó lo malo que pueda habernos advenido, no á la fuerza poderosa y acerada de nuestra voluntad, sino á leyes secretas cuya imperiosa acción sufrimos, sin ser capaces de eludirla, entre otras razones porque, vendidos, no la sospechamos siquiera. Estas reflexiones sugiere la biografía de un artista de facultades tan poco comunes como las de Vierge, poseedor además de algunas dotes que suelen salvar á los modestos burgueses de escollos en que los prognerados naufragan; y sin embargo, en plena juventud, Vierge sucumbe á la menos esperada catástrofe, á inexplicable golpe. Se saltan precipicios, se salvan y escalan montañas al parecer inaccesibles, se asciende á las nubes, se cruza el Océano..., y se tropieza en una arena, la gotita de sangre en la masa encefálica, menos aún, la presión de una membrana inflamada sobre los sesos... El atleta cae vencido para siempre. Ya no volará: se arrastrará fatigoso, en espera de la muerte, que acecha, que amenaza á cada hora. «No somos nada,» dirá el cristiano; y uniéndose á él en un profundo sentimiento, mal grado las diferencias de credo, repetirá el musulmán: «Sólo Alá es grande.»

Otro que no llegó á dar su medida, y perdónese el galicismo por lo bien que expresa la idea, es Angel Ganivet, autor de un drama que acabo de recibir, y que lleva un bello título entre calderoniano y simbolista: *El escultor de su alma*.

Ganivet tiene, no ya admiradores, fanáticos: el misterio de su desgraciada y prematura muerte, ocurrida tan lejos de España, ha contribuido quizás á rodearle de aureola. Había empezado á corresponder conmigo hacia esa época justamente: poseo una carta suya muy larga é interesante, de la semana anterior á su desaparición del mundo de los vivos, y no hay en ella nada que indique trastorno ni perturbación: al contrario, es serena y discreta.

Si algún día ocurre, hablaré de este escritor á quien eleva altares la juventud, y estudiaré las razones de tal endiosamiento. Hoy no hago sino mirar, compadecida y penetrada, esos dos libros que traen á la memoria dos nombres con halo de melancolías mayores que otras melancolías contemporáneas: la biografía de Vierge, el drama póstumo de Ganivet. *Sunt lacrimae rerum...*

EMILIA PARDO BAZÁN.